

Simbólica Presencia de Negroponte en Puebla

Apoyo al Proyecto Neoliberal

- ★ Alianza non Sancta con la Iglesia, Priístas e IP
- ★ La Democratización se ve Como un Serio Peligro
- ★ Hoy Como Antes Dependemos del Capital Externo

LORENZO MEYER

¿Cómo va a afectar a nuestro proceso político interno el "factor americano" ahora que se inicia la era Clinton? La pregunta, aunque importante, aún no puede ser respondida de manera satisfactoria. En realidad, ni siquiera estamos en posibilidad de saber cuál será el significado del "factor Clinton" dentro de los propios Estados Unidos. Por ahora no queda más que especular.

En su discurso inaugural, William Clinton señaló que, una vez más, había llegado el momento de llevar a cabo en Estados Unidos un "cambio dramático", una renovación. Pero ¿qué cambio?, ¿qué renovación? El nuevo Presidente se refirió a algunos de los síntomas del mal que padece la sociedad norteamericana: economía debilitada, salarios estancados, quiebras en gran escala, desigualdad y divisiones sociales profundas entre los norteamericanos. Pero si la sintomatología está clara, y quizá también

la enfermedad, la cura no. Pero algo hay que hacer, y el nuevo líder estadounidense propuso aumentarles la carga impositiva, pidiendo más a los que más tienen —aquellos con ingresos superiores a los 300 millones de viejos pesos al año— y continuar con las reducciones en el tamaño y la acción del gobierno. Una mezcla de populismo con neoliberalismo.

Ahora pasemos al plano mexicano. Bajo la presidencia de George Bush, el "factor americano" tuvo para México la peculiaridad de ser claro y unidireccional: apoyar a Carlos Salinas de Gortari en lo personal y, sobre todo, a la revolución neoliberal que él encabeza, sin objetar la naturaleza antidemocrática del régimen mexicano. La aceptación del Tratado de Libre Comercio (TLC) fue —es— la pieza clave de la relación mexicano-americana en el neoliberalismo. Sin embargo, cuando ya estaba casi todo amarrado, Bush desapareció de la escena. ¿Clinton va a terminar de amarrar el paquete o lo va a desechar?

Antes de seguir adelante, una consideración, William Clinton llegó al poder con los votos de aquellos a quienes el neoliberalismo no benefició sino perjudicó, y son muchos. Sin embargo, ello no significa que el nuevo gobierno en Washington vaya a decirle adiós al neoliberalismo. El "neoliberalismo real" ha fallado escandalosamente en su promesa de resolver el problema social —no lo hizo en los países ricos y menos en los pobres—, pero aún no surge de la sociedad norteamericana —ni de ninguna otra— una fuerza que eche a andar la alternativa, es decir, una visión del hombre, de la sociedad y de la economía, que ofrezca una racionalidad tan clara (¿tan simple?) como el neoliberalismo.

Retornemos a la pregunta inicial: ¿qué influencia va a tener el "factor americano" en nuestro proceso político? Hasta el momento nada parece haber cambiado. Carlos Salinas logró que Clinton le concediera la única entrevista que en su calidad de Presidente electo ha dado a un Jefe de Estado. Es verdad que la invitación de Clinton a Salinas fue todo menos espontánea, pero eso importa po-

co frente al hecho mismo, que significa apoyo. Y la cosa no ha quedado ahí, el embajador norteamericano no ha variado un milímetro la línea política que siguió antes de Clinton. La prueba de ello tuvo lugar el 1º de febrero, justamente en la ceremonia en que Manuel Bartlett Díaz asumió la gubernatura de Puebla en presencia y con notable apoyo del propio Carlos Salinas. A esa ceremonia tan comentada, asistió, en unión de otros 1,499 invitados, el embajador de Estados Unidos, John Dimitri Negroponte. Normalmente, el embajador de la gran potencia del norte no tiene la obligación de estar presente en las tomas de posesión de los gobernadores. Pero Bartlett no es un gobernador cualquiera, sino la persona a la que se ve, con razón o sin ella —en mi opinión, con razón— como uno de los símbolos de la antidemocracia mexicana, pues formalmente fue él, en su calidad de secretario de Gobernación, el responsable de las increíbles elecciones de 1988 (o de las igualmente increíbles elecciones de Chihuahua en 1986). Esas elecciones, al "caerse el sistema" de cómputo, impidieron que México iniciara su tránsito de país de elecciones formales, sin competencia, a elecciones reales, es decir, competidas, democráticas. El embajador norteamericano de entonces, Mr. Pilliod, avaló el dudoso triunfo del PRI, y el embajador de hoy lo vuelve a hacer con su presencia en Puebla. La asistencia del embajador Negroponte al inicio del gobierno de Manuel Bartlett en unión de las más altas autoridades eclesásticas —Girolamo Prigione y Ernesto Corripio Ahumada—, de un centenar de grandes empresarios poblanos, y de la crema y nata de la clase política priísta, es simbólica de la alianza non sancta, que apoya y se beneficia de la revolución neoliberal mexicana. No conforme con asistir al cónclave poblanos, el embajador hizo una breve pero significativa declaración: "Es un justo cargo —el que asumía Manuel Bartlett— que los propios mexicanos han decidido". Ante semejante hecho no puede uno menos que preguntarse ¿cuáles habrán sido las razones que empujaron al representante del

gobierno norteamericano en la alborada de Clinton para ir tan lejos en su identificación con los símbolos del autoritarismo y la corrupción priístas?

Hace 18 años, el profesor John Coatsworth, especialista en la historia económica del siglo XIX mexicano, escribió un artículo titulado "Los orígenes del autoritarismo moderno en México" (*Foro Internacional*, V. XVI, Num.2, octubre-diciembre, 1975). En ese artículo, el historiador que hoy está en Harvard, sostenía que el modelo de economía liberal que se desarrolló en México desde la época de Maximiliano hasta el fin de la dictadura porfirista, se sustentó en una alianza conservadora entre una nueva clase terrateniente y la débil burguesía mexicana. Esa alianza tuvo éxito gracias a la presencia de un tercer socio: el capital extranjero, responsable de la modernización de la economía por medio de los ferrocarriles y la minería. Pero la permanencia de esa inversión extranjera requería de seguridad, y la seguridad la dio un gobierno nacional autoritario (p. 224). De esta manera, concluía el profesor Coatsworth, "La forma de autoritarismo que se desarrolló en México a fines del siglo XIX se ajustaba a las exigencias del proceso de modernización capitalista" (p. 216).

Cambiamos un poco, sólo un poco, los términos de la hipótesis anterior, y resulta pintiparada para explicar lo que está ocurriendo hoy, en los tiempos del neoliberalismo. Hoy la alianza conservadora no es entre terratenientes nuevos y burguesía, sino entre sectores nuevos y viejos de una burguesía más compleja —financiera, comercial, industrial— pero finalmente débil, incapaz por sí sola de llevar a cabo el proceso de modernización. Hoy como antes, el éxito de este proyecto de modernización tardía, depende fundamentalmente del ingreso masivo de capital proveniente del socio externo (este año el déficit en el intercambio comercial con el exterior puede llegar a 25 mil millones de dólares). En el neoliberalismo de hoy, como en el liberalismo de ayer, la modernización requiera de un gobierno central fuerte, absolutamente comprometido con el apoyo a los intereses de quienes van a invertir can-

tidades sustantivas en la transformación económica de México. Finalmente, hoy como hace un siglo, la alianza entre las burguesías es una alianza conservadora, que ve en la posible democratización de México —dar voz y voto de los sectores sobre cuyas espaldas se ha construido la modernización— un peligro muy serio.

Si el diagnóstico anterior es correcto —si el autoritarismo es necesario al tipo de modernización emprendida—, entonces no debemos de extrañarnos que el cambio político que ha tenido lugar en Estados Unidos, no se refleje en un cambio en la actitud del gobierno de Washington hacia la democracia —falta de— en México. Ahora bien, todo lo anterior no es más que una mera posibilidad. Otra línea de explicación puede sostener que lo que estamos viendo son las inercias del pasado, y que una vez que Clinton eche a andar su proyecto interno, la política norteamericana hacia México va a cambiar, empezando por el embajador. Y, para quien así piense, ya es posible encontrar signos del cambio.

En una entrevista reciente dada a un diario mexicano, Peter Hakim, presidente del Diálogo Interamericano —una organización con sede en Washington, que agrupa a académicos y políticos norteamericanos y latinoamericanos, que tiene pocas simpatías por los autoritarismos, que apoya al TLC, y cuyos integrantes tienen excelentes contactos en el gobierno de William Clinton—, aseguró que: "El tema de los derechos humanos y políticos (en México) indudablemente estará en el debate sobre el acuerdo comercial". Y añadió: "Aun cuando ambos gobiernos no quisieran, el tema de la democracia en México será un asunto sumamente discutido (en el Congreso de Estados Unidos) y entrará al debate del TLC". En otro momento, el interrogado señaló: "Diálogo Interamericano ha dicho que el TLC tendrá más éxito si México abre su política, elimina el fraude y Estados Unidos por su parte cambia el trato hacia los trabajadores mexicanos indocumentados. Hemos hecho una crítica a ambas naciones" (*El Financiero*, 10 de febrero). Patrick Moynihan, influyente legislador por Nueva

York en la Cámara de Representantes, presidente del Comité de Finanzas de ese órgano, y uno de los más agudos políticos en las filas del Partido Demócrata, se preguntó respecto de México. ¿Cómo vamos a firmar un acuerdo de libre comercio con un país que no es libre?"

En la entrevista que concedió Carlos Salinas a la revista *Business Week*, del 1º de febrero, se le preguntó sobre los observadores extranjeros que desean venir a México para presenciar el proceso electoral del año entrante. La respuesta presidencial fue clara: "Cualquiera que desee venir a observar el proceso electoral puede hacerlo, ya que nuestra Constitución garantiza la libertad de movimiento. Puede preguntar y hacer lo que quiera, pero rechazamos la idea de que los extranjeros puedan decidir si el proceso fue o no correcto". Quizá la falta de oposición del Presidente a la presencia de observadores al proceso electoral se deba a que en Los Pinos ya saben que en Estados Unidos y Europa, hay organizaciones que han decidido enviar representantes a ver muy de cerca el proceso de 1994, justamente preocupados por lo que ocurrió en 1988, cuando el gobernador de Puebla estuvo al frente del proceso. Hacer de la necesidad virtud, es una característica de los políticos. Así pues, los observadores van a venir. ¿A venir de la misma manera que observadores mexicanos fueron a Estados Unidos el año pasado: a examinar con ojos críticos el proceso electoral.

En conclusión, el papel que va a desempeñar el "factor norteamericano" en los tiempos de Clinton, esta aún por definirse, y puede ser positivo o negativo para el desarrollo democrático mexicano. Sin embargo, el camino que tome el proceso político mexicano, va a estar determinado por lo que hagamos los mexicanos. Nadie nos va a dar la democracia que por sí mismos no podamos alcanzar. Pero es igualmente claro que se nos dificultará un poco menos alcanzar esa democracia, si el autoritarismo mexicano no encuentra entre las grandes potencias, especialmente en Estados Unidos, la comprensión y aliento que ha tenido hasta ahora.